

LA ENFERMEDAD DEL HONOR

Julian Pitt-Rivers

Originalmente, la palabra “honor” (del latín: *honos*) designaba una divinidad que representaba el coraje en la guerra. Posteriormente significó la concesión de tierras merecidas por la victoria, y luego esta base material sirvió para la elaboración de un concepto moral de extrema complejidad, por no decir ambigüedad.

Una literatura extremadamente rica lo define como guía para la conciencia, como regla de conducta o como medida del status social. Merced a sus numerosas acepciones el honor ha provocado más muertes que la peste, más controversias que la gracia y más riñas que el dinero. Sin embargo, desde hace décadas se habla muy poco de él, y puede inclusive leerse de la pluma de un eminente sociólogo estadounidense, Peter Berger,¹ que quien emplea la palabra se anuncia como “*hopelessly european*” –irremediamente del Viejo Mundo.

Hace apenas un cuarto de siglo que las ciencias sociales han reconocido su existencia –¡ellas, que se supone se interesan en la conducta y sus motivaciones!– y lo poco que antes se había publicado sobre el tema se limitaba a estudios sobre la historia del concepto en la literatura, y algunos artículos tendenciosos en las enciclopedias.

La razón de esta negligencia –¿o de este recelo?– está en las dificultades inherentes al análisis del honor, ya que este es a la vez un sentimiento y un hecho social objetivo. Por una parte, es un estado moral que resulta de la imagen que cada uno tiene de sí, y que inspira las acciones más temerarias o la negativa a actuar de manera vergonzosa, sin importar cuál sea la tentación material, y al mismo tiempo, es un medio de representar el valor moral de los otros: su virtud, su prestigio, su status, y por tanto su derecho de precedencia.

En tanto motivación de conducta que responde solamente a Dios en lo profundo de la conciencia, el honor es puramente individual, ya que depende de la voluntad de cada uno. Sin embargo, el honor también es colectivo y puede atribuirse a un grupo social: familia, linaje, patria, cualquier comunidad con la que él se identifica. En el siglo XVIII, Mad Jack Mytton saltó a caballo de lo alto de un acantilado para salvar el honor de la *gentilhommerie* de Shropshire, y sobrevivió milagrosamente.

¹ Archives européennes de sociologie XI : 2, 1970. “On the Obsolescence of the concept of Honor”.

Por otra parte el honor –o, al menos, la conducta que dicta– varía según el lugar de cada uno en la sociedad. El honor de un hombre le exige coraje, que no es requerido de una mujer. De ella requiere la pureza sexual, o al menos lo hacía hasta una época reciente. Los componentes del honor varían también según la clase social: el honor aristocrático, militar en su origen, se distingue del honor burgués o del honor popular, sin contar las diferencias entre grupos sociales, cuerpos profesionales, comunidades o regiones. La concepción del honor de “la honorable sociedad”, como la Mafia siciliana quiere ser llamada, tiene muy poco en común con la de los prelados de esa isla. Sin embargo, dado que el honor tiene su origen en el corazón de cada uno, y por tanto es sentido antes de ser concebido, es raro que sean reconocidas objetivamente las diferentes formas de verlo. Sólo existe para cada quien una noción de honor, la propia. Aquellos que lo conciben de otra manera simplemente ¡no lo tienen!

El aspecto subjetivo del honor debe, no obstante, tomar contacto con la realidad, ya que el sentimiento personal que se manifiesta en la conducta será tarde o temprano juzgado por los otros. Así, la aspiración del individuo al honor exigirá ser reconocida públicamente: el honor sentido se volverá entonces honor probado y recibirá el reconocimiento merecido en forma de reputación, prestigio y “honorés”. En resumen, el honor es la suma de las aspiraciones del individuo (y por ello equivalente a su vida, como tantas veces se ha dicho), y también es el reconocimiento que los otros le conceden.

El procedimiento inverso se encuentra en el reconocimiento por el individuo de su vergüenza. El honor negado bajo la forma de precedencia rehusada, falta de colaboración, maledicencias, en resumen, de prestigio negativo, terminará por ser interiorizado por el individuo que será obligado a dejar de lado sus aspiraciones y a admitir su vergüenza. Mientras no la reconozca, puede tener esperanzas y como el héroe que ha “*tout perdu, fors l’honneur*”,² puede ganar la apuesta, a condición de tener coraje y la piel suficientemente gruesa para no abandonar sus pretensiones (es inevitable que éstas engendren celos y conflictos).

Pero el problema de este esquema ideal es que en ninguna sociedad el reconocimiento es homogéneo. El soberano, “fuente del honor”, no siempre tiene los mismos criterios que la *vox populi*: raramente los intereses políticos de la monarquía son compartidos por el pueblo, y aquella tiene poco en cuenta la reputación de una persona entre sus vecinos. Así es posible, como lo ha señalado Montesquieu, estar a la vez colmado de infamia y dignidades.

*

Los conflictos engendrados por el honor son universales. En la Edad Media, mientras el Estado no había tomado en sus manos el control judicial de las disputas, una forma pseudo-jurídica remitía a la Potencia divina la responsabilidad de su resolución: el “combate judicial” resolvía las querellas entre grandes a través de un enfrentamiento formalizado y ritual delante de testigos, preferentemente el rey u otra autoridad real. Era a la vez una lucha a muerte y una ordalía, ya que el juzgamiento remitía a Dios, confiando que éste daría razón al justo concediéndole la victoria sobre su agresor.

Uno de los últimos ejemplos en la historia de Francia es el combate entre Jarnac y La Châtaigneraie, en 1547, delante de Henri II. A pesar de las maneras algo irregulares del autor del famoso “*coup*”,³ Dios parece haber dado una sentencia apropiada que el rey convalidó. En

² “Todo está perdido, salvo el honor”. Atribuido a François I, luego de la derrota de Pavie en 1547. (N. de la T.)

³ Jarnac, diez años más joven, enfrenta al favorito del rey, reconocido como superior en habilidad y destreza. Al inicio del duelo consigue herirlo detrás de la rodilla, cortándole los tendones y dejándolo fuera

cambio Richard II, según Shakespeare, cometió el error de no confiar en El en el combate entre Norfolk y Hereford, y esta desconfianza acarreó las trágicas consecuencias que conocemos.

En el Renacimiento el Estado retomó de las manos divinas la reglamentación de la cuestión de la violencia, pero sin conseguirlo completamente, ya que se vio el desarrollo, en primer lugar en Italia, de una jurisprudencia paralela que reinaba sobre “los lances de honor”. El duelo, combate singular sometido a esta jurisprudencia, aseguraba “satisfacción” a quién se creía lesionado en su honor, resultara vencedor, herido y por tanto vencido, o muerto. Ya que, curiosamente, el hecho de ser vencido no acarrea el deshonor. Sólo es deshonrado aquel que se niega a arriesgar su vida para defender su honor. “Obtener satisfacción” no implica tener razón, sino solamente tener el coraje de batirse. Ya no se trata de una ordalía, sino de una prueba. La satisfacción está garantizada a ambos combatientes por “la primera sangre”, ya que según Théophile Gautier “el honor solamente se lava con sangre”.

La costumbre del duelo, deplorada por los filósofos pero aprobada por la nobleza y los militares persistió hasta el siglo XX burlando las prohibiciones del Estado y de la Iglesia. Una lógica social pulsaba cuerdas profundas en la conducta humana, que ni la prisión ni la excomunión bastaban para acallar. Ejemplar fue el caso del oficial francés revocado por el Ministerio de Guerra a comienzos de siglo por haber demandado ante los tribunales al hombre que lo había ofendido, en lugar de provocar un duelo –en suma, revocado por no haber transgredido la ley. Este respeto a la ley civil testimoniaba ante los ojos del ministro una falta al sentimiento del honor.

Esta jurisprudencia oficiosa nos provee los principios mismos del honor, que pueden resumirse brevemente así:

- La esencia del honor es la voluntad. Si se hacen trampas en las cartas, por ejemplo, si se traiciona, si no se osa levantar el guante de aquel que se cree ofendido, se queda deshonrado completamente, moralmente muerto según el esquema tradicional. “Mi vida pertenece a mi rey, mi alma a Dios, pero mi honor solamente a mí”, dice Brantôme, y el desafío al inicio de Richard II retoma los mismos términos: “Traidor a mi Dios, a mi rey y a mí!”. A tal acnsación ya no se responde con palabras, sino con la acción. La sede del honor está en el cuerpo físico, simbolizado por la sangre, por ello no hay otro camino que batirse.

- Por otra parte, no es obligatorio responder al desafío de cualquiera. Siempre es posible “despreciar” el desafío lanzado por quien no se reconoce como un igual en honor, sea desde el punto de vista social o moral. Aun más, es humillante aceptar batirse con alguien indigno. Quien está seguro de su honor se permite ignorar tal provocación, y así es deshonrado el provocador.

- La respuesta formal a una ofensa al honor no es directamente el desafío sino el “mentís” (tu mientes): “Tratándome de cobarde, de tramposo, de cornudo o –como en el caso de Jarnac– de incestuoso, tu mientes.” Y sin embargo la mentira no es deshonrante en sí. Los adultos no están obligados a decir la verdad a los niños, ni los superiores a sus inferiores. El mentís implica una inferioridad al mismo tiempo que una inconstancia de la voluntad semejante a una traición. Pero el mentís garantiza igualmente –es su función práctica– que el ofendido, y no el ofensor, recibe el derecho de la elección de las armas. Gracias a esta disposición Jarnac pudo combinar su extraño golpe, pasando hajo la defensa de su adversario, para hundirle una daga en la corva.

*

Si “los lances de honor” eran monopolio de la clase dominante, esto no significa que el resto de la sociedad estuviera desprovista del sentimiento del honor. Las formas populares de “arreglar sus asuntos” no tienen hoy una jurisprudencia codificada, si bien en la base de las situaciones agonísticas se encuentran los mismos principios. En la *street corner society* se intenta, igual que en el teatro del honor español, ocultar el hecho de haber sido ofendido hasta el día en que, tomando la revancha, se restaura completamente el honor. La venganza es un deber pseudo-moral en la Mafia, donde el “silencio”, el rechazo a traicionar los secretos del ambiente, es el criterio de la calidad masculina (*omertá*). Concepciones variadas del honor se encuentran entre los camioneros como entre los procuradores o los banqueros, donde el honor se apoya más sobre la probidad y menos sobre el poder y la venganza. Cada comunidad profesional reconoce su regla y distingue las obligaciones entre colegas de aquellas que rigen la conducta de estos hacia los extraños. El ministro de guerra, en el ejemplo citado, adopta los criterios del honor que convienen a su función como jefe de las fuerzas armadas, si bien el ministro de justicia no hubiera podido aprobar tal concepción.

*

No sorprenderemos a nadie señalando que el honor está estrechamente ligado a la realidad del poder, ya sea político, militar o económico. Según Racine, “Sin dinero el honor es solamente una enfermedad”. En los hechos, estas tres dimensiones del poder se combinan.

Entre los principios que gobiernan la vida política, Montesquieu distinguía dos: el de la monarquía, que es el honor, y el de la república, que es la virtud. Fue mal comprendido por Voltaire, que no percibió la diferencia entre el principio conductor de un sistema político y la evaluación moral de la conducta de las personas sometidas a ese sistema. Es cierto que la realeza es la fuente del honor según la tradición de la historia antigua, pero el honor está siempre presente en la república, como por lo demás la virtud –Montesquieu quería decir la virtud cívica– lo está en una monarquía. Prefiero considerar los dos como “honor” distinguiendo entre “honor = precedencia” y “honor = virtud”, correspondiendo al aspecto social y al aspecto ético del honor. Esta distinción proviene del hecho que si el rey o el presidente de la República es ciertamente la fuente del honor (es quien distribuye “los honores”), existe otra que es la aclamación de la población, el reconocimiento por el público de cualidades honorables. La posibilidad de un conflicto entre estos dos criterios, precedencia y virtud, es un tema popular desde la historia del Cid hasta nuestros días, a pesar de los cambios históricos que han tenido lugar en los criterios que definen el honor de una época a otra. La más espectacular de estas conmociones fue seguramente la revolución puritana en Inglaterra.

Cuando Cromwell hablaba de la oposición entre los “hombres de honor” y los “hombres de conciencia”, él concebía los primeros en el mismo sentido que Montesquieu, es decir, del “honor = precedencia”, y es claro que no se contaba entre ellos. Los partidarios de uno y otro lado en esta guerra civil se distinguían por el largo de sus cabellos –lo que no carece de significación simbólica: los “Rounheads”, hombres de conciencia, los llevaban cortos, los partidarios del rey, los “cavaliers”, los llevaban largos.

Después de la caída del Commonwealth y de la restauración de la monarquía, los cabellos largos se pusieron nuevamente de moda y junto con ellos la concepción monárquica del honor. El honor sexual reemplaza los escrúpulos religiosos y la probidad financiera, los teatros reabren sus puertas y durante una década casi no ofrecen otras comedias que aquellas que giran alrededor de maridos engañados, por ejemplo *The Golden Horn*, *A Horn for Cuckholds* y *The Country*

Wive,⁴ en las que el héroe, Mr. Horner, logra numerosas seducciones haciendo correr el rumor que es impotente, y por tanto un chichisbeo perfecto.

Los criterios según los cuales el honor es concedido dependen de la identidad de cada comunidad y del punto de vista colectivo que le es propio. La aprobación o las reticencias suscitadas por la conducta del otro en la vida diaria ya contienen el germen de una noción de honor que a fin de cuentas será formulada por los moralistas o los legisladores e integrada a las costumbres. Puede verse entonces en estas polémicas, desde el Renacimiento, el reflejo de una lucha al interior de la sociedad entre elementos o clases que buscan imponer criterios favorables a sus actividades e intereses: la Iglesia contra la aristocracia, los militares contra los comerciantes, los habitantes de las ciudades contra los campesinos, etc. Las revoluciones burguesas siempre han reemplazado la noción militar por la económica: ya no se gana el honor “lanza en mano”, como los conquistadores, sino con la libreta de cheques en el bolsillo, como los cuáqueros.

El poder es siempre el poder, sea bajo forma militar, legal, política, financiera, o de capital simbólico, representado por una cultura de clase y una ascendencia prestigiosa. Pero las diferentes formas del poder son a menudo intercambiables: las hijas de los nuevos ricos se casan con la aristocracia con una gran dote que mantendrá el techo sobre los palacios nobles; el honor que da derecho a la precedencia no lo da solamente en las ceremonias rituales, sino también en las ocasiones donde se recibe el reconocimiento en especies. Honor no es solamente la divinidad del coraje guerrero, es también la concesión de tierras que recompensa a sus devotos; los conquistadores buscaban la gloria, comparándose sin cesar a Julio César o a Alejandro el Grande, pero también buscaban el oro.

El honor está siempre influenciado por la riqueza y las posesiones, cualquiera sean los calificaciones aportadas por los representantes de la Iglesia. La indulgencia debida a los grandes reconoce su capital simbólico, pero en el plano práctico también es imprudente no otorgársela, ya que el poder sabe poner sordinas a la crítica. Por otra parte, las ventajas materiales subrayan las desigualdades; la hospitalidad, la caridad y la generosidad son honoríficas como expresiones de la magnanimidad. Sin embargo, el honor se gana a costa de aquel que recibe si no puede garantizar la reciprocidad. Los indios de la costa oeste de Canadá llevaban este principio al extremo en el Potlatch donde la generosidad y la destrucción ostentosa de la propiedad en la fiesta se practicaba con la intención manifiesta de humillar a los invitados incapaces de aceptar el desafío de competir con gastos mayores.

Pero las ventajas materiales no siempre apuntan a humillar a los otros. El honor basado en el poder es también la espina dorsal del sistema clientelar, ya que aquel que reconoce su inferioridad y se une a un patrón poderoso participa de la gloria de éste. Si gozar de las ventajas y la protección que una relación así brinda implica inicialmente una posición inferior respecto al patrón, al mismo tiempo asegura una superioridad en relación a los iguales. La soberbia de los lacayos de los grandes es bien conocida en todas partes, y las ventajas del apoyo de parte de alguien “bien ubicado” son evidentes; “aquel que encuentra un padrino se hará bautizar”, dice el proverbio español. Pero sería un error suponer que estas ventajas se obtienen solamente en una sociedad jerarquizada: el *big man* de Melanesia atiende a sus clientes tanto como el *cacique* de la vida política española del siglo XIX, y veja de la misma manera a todos aquellos que no lo tienen.

*

⁴ Traducción: “El cuerno dorado”, “Un cuerno para cornudos”, “La esposa campesina”.

En la tradición europea, el honor es hereditario, pero no se hereda en todas partes según la misma regla. El honor heredado del padre no es el mismo que el que se recibe de la madre. Esta diferencia es marcada sobre todo en el Sur de Europa. En Sicilia, por ejemplo, se recibe el prestigio social del padre, del "nombre", del linaje, pero la madre trasmite la "sangre", es decir, la pureza de una ascendencia sin mancha. El honor masculino es positivo, exige de un hombre el imponerse, el reclamar la precedencia que le es debida por su rango hereditario o por sus hazañas, mientras que el honor femenino es negativo y no requiere realizar hazañas, sino solamente evitar todo daño a una reputación que sus hijos, tanto varones como mujeres, heredarán. Es el sentimiento de vergüenza que garantiza el honor de la mujer, mientras que no contribuye en nada al honor masculino. Las mujeres andaluzas corrientemente dicen de los hombres que ellos no tienen ninguna vergüenza. En tal sentido el honor-precedencia es masculino y el honor-virtud es femenino. Así, según esta división de trabajo moral que recubre la división de trabajo fisiológico y económico, los hombres tienen la responsabilidad de proteger la "sangre" de la familia, y para hacerlo se les otorga la autoridad sobre sus mujeres.

Se llega así a explicar lo que puede parecer extraño al visitante venido de una cultura diferente, el hecho que la ofensa extrema al honor de un hombre no se refiere a su propia conducta, sino a la de su madre, su hermana o su hija, que son consideradas poseedoras de la misma sangre —o de su mujer, cuya conducta ligera puede hacer de él un cornudo. La gran pelea de la pareja termina cuando la esposa saca su último triunfo diciendo a su marido: "Te voy a poner cuernos".

El gran peligro entonces para el honor de un hombre proviene de sus mujeres, y la insuficiencia del honor de las mujeres viene de sus hombres. Son ellas, en efecto, quienes reclaman venganza cuando el "nombre" de la familia es agraviado, como también son ellas quienes, en nombre de la solidaridad de su sexo, protegen a una hermana culpable escondiendo su falta.

El gran daño al honor consiste en tratar a un hombre como "hijo de puta", es decir, acusarlo de haber nacido sin padre, y por ello de una madre desprovista de vergüenza. Ahora bien, es interesante observar que mientras que esta generalidad vale en España, como en Italia o Francia, en México la frase *hijo de puta* es reemplazada por *hijo de la chingada* (hijo de la violada). En el primer caso, la ilegitimidad es debida a las cualidades morales claudicantes de la madre, en el segundo al infortunio de que ella haya sido forzada contra su voluntad. Una versión florida de este insulto consiste en afirmar: "Yo soy tu padre", es decir, tu eres hijo de una violación y yo lo sé porque fui yo quien violó a tu madre. El turista que, en una taberna, oye gritar con voz ronca de cólera esta declaración de paternidad hará bien en tirarse bajo la mesa, ya que es muy probable que silben las balas. Octavio Paz comienza su gran ensayo sobre la herencia colonial de los mexicanos, *Los hijos de la Malinche*, por el análisis de esta frase.

El otro término que constituye una ofensa al honor es el del marido engañado: este personaje es representado simbólicamente por dos formas animales, el chivo o cualquier otro animal cornudo, y el cuclillo. La primera se utiliza en los países del sur de Europa y la segunda en los del Norte. Los escandinavos parecen dar poca importancia a cualquiera de las dos, mientras los franceses conocen ambas, "*il est cocu le chef de gare*";⁵ aunque los cuernos son más corrientes que el cuclillo.

En Inglaterra, donde finalmente la tradición puritana parece haber aventajado a la de la Restauración, los cuernos no son ya utilizados, y el cuclillo (*cuckold*) es generalmente tratado con simpatía, escandalosa a los ojos de los españoles, y objeto de condolencias más que de burlas o desprecio.

⁵ Tonada infantil, "El jefe de la estación es cornudo". (N. de la T.)

Puede verse que la estructura de los dos símbolos es similar: el cuclillo es un pájaro que pone sus huevos en el nido de otros. Sin embargo, el “cornudo” no es aquel que tiene el rol de adúltero, que viola la unidad matrimonial usurpando el rol del marido, sino su víctima, el marido perjudicado. La misma transposición se efectúa en el caso de los cuernos que, símbolo del diablo, y por tanto del pecado, representan —Mr. Horner lo ha ilustrado bien— un exceso de virilidad. Ahora bien, quien lleva los cuernos no es, una vez más, el culpable, el transgresor, sino la víctima, el marido “inocente”. Pero ¿inocente de qué, exactamente? Inocente de adulterio, en el sentido que él no ha violado la unidad matrimonial de otro hogar, como aquel que le pone los cuernos. Según las costumbres del sur de la Europa tradicional, todo hombre joven y viril es, efectivamente, disculpado de la responsabilidad de las consecuencias de su virilidad natural, calidad admirable en sí, y esencial para la sociedad de la que forma parte: no solamente por la reproducción de la población (en sentido literal), sino por el orden social y la defensa de la comunidad cualquiera que sea, familia, linaje, nación, etc. Además, todas las buenas cualidades masculinas: coraje, voluntad, determinación, autoridad, son expresadas por vocablos que se refieren en primer lugar al sentido fisiológico literal y que simbolizan todas las otras manifestaciones de virilidad. Es entonces al marido a quien incumbe el deber de proteger la pureza de su mujer, y es por tanto el responsable de esos cuernos que le son atribuidos no para marcar la gran virilidad que le distingue, sino al contrario, aquella que le falta. De todas formas es un error pensar la cuestión en términos de ética y de culpabilidad: los cuernos no son un castigo ni una condenación moral, y menos aún lo es el cuclillo, sino el signo de un estado de contaminación al que se llega por el hecho de dejarse privar de un privilegio y de eludir un deber. De una forma semejante, el jefe africano, cuyo derecho a las primicias fue infrigido, se enferma. Es él y no el ladrón quien sufre las consecuencias del robo. Y en estricta analogía, entre los Nuer, en un caso de adulterio, es el marido engañado quien sufre la enfermedad que es su signo. En resumen, la burla que es el destino del cuclillo como del cornudo no apunta a castigar una infracción, sino a señalar un estado ritual de contaminación al que los otros hombres de la comunidad esperan escapar separándose de él y excomulgándolo de esta manera.

El honor sexual comprende una gran variedad no solamente entre las naciones, sino entre las clases sociales y entre las comunidades. En España, donde habitualmente se da un gran valor a la vergüenza femenina existen comunidades agrícolas en el norte donde la madre soltera, lejos de perder —por el hecho de haber tenido un hijo ilegítimo— toda posibilidad de tener un matrimonio honorable, es más cortejada que otras. Por una parte, ella ha probado su fertilidad, y por otra ha atesorado una dote en el rol de nodriza en una familia burguesa.

Para citar un caso opuesto, en el barrio de los *cockneys* de Londres, es asombroso encontrar actitudes inspiradas por el cuidado del honor sexual de la hermana: “*Charlie, how's your sister doing?*”⁶ Este insulto no es menor afrenta al honor masculino que el “Yo soy tu padre” mexicano.

En realidad, la distinción entre la herencia social del padre o moral de la madre es menos rígida que lo que parece a primera vista. Los títulos nobiliarios que brindan la precedencia según un sistema codificado que varía de un país al otro no excluyen enteramente la descendencia matrilateral, a pesar del hecho que las aristocracias siempre son más patrilaterales que las gentes de menor pretensión nobiliaria. Los títulos españoles pasan por las mujeres a falta de un varón suficientemente cercano en la familia, como algunos viejos títulos británicos y como la monarquía en Gran Bretaña. En los hechos, las mujeres de rango superior tienen siempre un elemento de honor masculino debido a su nacimiento que disminuye la importancia de su pureza y la autoridad de sus maridos sobre ellas —ellas son “alguien” inclusive sin él; tienen una precedencia propia.

⁶ Traducción: “¿Como le va a tu hermana?” (sobrentendido: “haciendo la calle”).

Por otra parte, no hay que olvidar que los hombres, inclusive en las sociedades más phalocráticas, tienen siempre deberes religiosos y éticos que los asimilan, sobre todo en el sur de Europa, al otro sexo. De igual manera que los caracteres sexuales físicos son menos marcados al comienzo y al fin de la vida, el honor masculino o femenino lo es también menos.

*

Cuando Robert Hertz escribió en 1911 su gran ensayo sobre la preeminencia de la mano derecha estableció una relación entre los valores sociales y las partes del cuerpo por los que ellos pueden ser representados. Y pocas cosas han sido agregadas a este trabajo. Sin embargo, me parece posible desarrollar sus ideas más allá de la simple oposición entre las dos manos para comprender todo el cuerpo, y no solamente los dos costados del cuerpo, sino el alto y el bajo, el frente y el revés, el interior y el exterior.

El campo del honor parece ofrecer un terreno propicio para un ejercicio así, ya que, como ya lo hemos señalado, el honor goza de un vínculo privilegiado con el cuerpo, utilizado para simbolizar sus diferentes facetas. La cabeza, el rostro, los órganos, los miembros, las “vergüenzas” tienen todos un valor honorífico, además de lo que puede ser expresado por la lengua.

Esto aparece de manera evidente en los rituales honoríficos o deshonorosos, los ritos de consagración o de desacralización: la cabeza juega allí un rol preponderante, sea ella coronada o cortada. Ser ejecutado por la Justicia es, en sí, deshonorante, pero por los medios empleados se reconocía o no el honor de la víctima. Perder la sangre es más noble que ser asfixiado. La espada indica el rango de la víctima, la horca no. Las formas de matar, o inclusive de suicidarse, tienen un significado honorífico.

Las manos se utilizan en relación con la cabeza en los gestos tradicionales de saludo. Ellas honran dándose, y rehusarse a estrechar la mano ofrecida implica una negación del honor. Se honra aplaudiendo. Se deshonra con un “corte de manga”.⁷

Los órganos genitales son la sede de la vergüenza y se emplean literalmente o simplemente verbalmente para deshonar. La sangre es pura, el excremento es contaminante. Pero la sangre sobrepasa el control de la voluntad (que es lo esencial del honor) cuando sube al rostro. Al ruborizarse se muestra que se posee honor porque esta reacción incontrolable de la vergüenza demuestra que se aceptan las reglas de las transacciones del honor, aún contra la propia voluntad. Aquellos que son incapaces de ruborizarse, que tienen la piel demasiado gruesa, son poco honorables.

La curiosa inversión en la lengua española permite explicar lo que sería de otra forma anómalo: *vergüenza*⁸ es formalmente lo contrario del honor, ya que es el reconocimiento del deshonor; pero si se es incapaz de reconocer su deshonor, es que se carece de honor en el sentido profundo que señala que el honor, el verdadero, viene del interior del ser, más allá del control consciente. Aquel que no tiene vergüenza entonces tampoco tiene honor, y es así que en España, *sin vergüenza*⁹ en el uso corriente significa hijo de puta ya que, por supuesto, la vergüenza se hereda matrilinealmente. Los epítetos desacralizantes toman a menudo la forma de una referencia a los genitales. Así se explica toda la obscenidad del vocabulario del deshonor.

⁷ En francés: “bras d’honneur”. (N. de la T.)

⁸ En castellano en el original. (N. de la T.)

⁹ En castellano en el original. (N. de la T.)

La literatura que ha llevado más lejos el análisis de la cuestión del honor es ciertamente la española: el teatro del siglo de oro se llama igualmente “teatro del honor”, pues es el tema que trata continuamente. Todas las situaciones donde el honor presenta problemas de comportamiento a resolver son examinadas con un realismo que nos obliga a tomar seriamente a esos personajes obsesionados por el honor. Se trata, por ejemplo, de saber ¿qué puede hacerse si un miembro de la familia real le pone cuernos? ¿Cómo vengar su honor sin revelar que fue dañado? ¿Debe defenderse el honor encerrando a su mujer permanentemente? (“La mujer honorable con la pierna rota y la puerta cerrada con llave”, según el dicho popular). ¿Cuál es el valor del honor de un hombre del pueblo ante la afrenta de un noble? Como los autores eran todos hombres de la Iglesia, no es sorprendente descubrir que ellos en general no favorecen la visión aristocrática del honor. Inclusive la mejor de todas esas piezas, *El Burlador de Sevilla*, es una crítica profunda, casi satírica, de esta visión.

Sin embargo, existe otra literatura que niega la realidad misma del honor: son las novelas picarescas, que ridiculizan a aquellos que creen en el honor, y entre las cuales la más humana es *El Quijote*. Comparten la opinión de Falstaff: “el honor es viento”. La primera de ese género fue *El Lazarillo de Tormes*, de Fernando de Rojas. Lazarillo es un pobre muchacho cuya única preocupación es saber cómo obtener comida suficiente. Pasa del servicio de uno a otro: del vendedor de indulgencias al hidalgo tan hambriento como él, que lo envía a mendigar en la calle para tener comida para el mismo, al ciego avaro, etc. Y termina en la casa de un cura en la felicidad más completa, casado por conveniencia con la amante de su patrón que le da toda la comida que desea. Es la exaltación del cornudo complaciente, una sátira terrible de todo lo que el honor representa.

Falstaff y Lazarillo nos muestran toda la fragilidad del sistema de valores honoríficos. Se llega a vivir tan bien sin honor, inclusive quizás, como en el caso de la prostituta de lujo, mejor. Y si puede decirse que “el honor sirve para algo” fuera de la autosatisfacción que procura, es porque es negociable: sirve para llenar los cofres del tesoro por la venta de dignidades, para pagar una factura,¹⁰ para obtener crédito, para garantizar la legitimidad de los hijos, para dominar un rincón de la calle en la *street corner society*, para ocupar el rol de *cacique* en Andalucía o en Sicilia, o para patrocinar el club de cricket en la campiña inglesa.

Los valores exhibidos no reinan sino sobre la mitad de la vida social de un país, e inclusive no sobre una mitad identificable, ya que todo sistema de valores es un sistema de valores en conflicto: el Don Juan de Tirso de Molina explica a Utrera su éxito diciendo: “Yo la tuve por el honor, ya que el honor huyó de la Corte para ocultarse en las aldeas”. Los temas del honor y del anti-honor aparecen en todos los niveles y eso nos lleva a la conclusión que es gracias a la ambigüedad del concepto mismo que los componentes más contradictorios pueden coexistir. Estas contradicciones son quizás necesarias para reconciliar el mundo en que vivimos con nuestros sueños, el ideal con nuestras aspiraciones frustradas. Es la “función” de lo ambiguo.

*

¿El honor está volviéndose obsoleto hoy en Europa, o sólo está camuflado? ¿La noción de honor es únicamente europea, o es universal? Sin querer afirmar su universalidad, creemos que ella está constituida de elementos universales y que por tauto puede encontrarse “alguna cosa parecida” en cualquier lugar. Marcel Mauss había notado esta semejanza entre el *mana* de los polinesios y nuestro concepto del honor. No obstante, las diferencias son frecuentemente grandes cuando se trata de distinguir entre lo que es honorable de aquello que no lo es en un país

¹⁰ En francés: “honorer une traite”. (N. de la T.)

o en otro. Para enfrentarse a esta dificultad, por otra parte, no se necesita ni siquiera salir de la cultura occidental.

Luego que los antropólogos que estudian el Mediterráneo se han interesado en el honor, impresionados por la importancia que se le brinda a esta noción en esa región del mundo, hemos observado una tendencia a tratar el honor como si fuera una particularidad de los pueblos mediterráneos: se ha hablado inclusive del "concepto mediterráneo del honor". En verdad se conocen muchas variantes; no existe uno, sino veinte, y no solamente hoy. Remontando al pasado, se encuentran algunas que parecen inclusive oponerse a este honor mediterráneo cuya primera premisa es la vulnerabilidad del honor masculino a través de las mujeres. El Antiguo Testamento está lleno de hospitalidad sexual y de prostitución sagrada. Yahveh se oponía, pero El tuvo muchos problemas para hacer respetar Sus consignas sobre el tema a Su pueblo. El matrimonio temporal concedido a los visitantes persiste en el mundo árabe, al menos teóricamente, hasta nuestros días.

Por otra parte, la vulnerabilidad del honor masculino a través de las mujeres no está limitada al Mediterráneo. En los tiempos de Shakespeare hemos podido constatar que existía y se encuentra aún hoy en un barrio bajo de Londres. No es necesario remontarse tan lejos para hallar una institución bien mediterránea que es una excepción al supuesto concepto: el chichisbeo, el amigo de la mujer, autorizado por el marido a acompañarla durante sus ausencias para defender su honor. Pero según Stendhal, en sus *Promenades dans Rome* "el amor se apodera muy rápido" de esta institución. Mr. Horner ya se había beneficiado de ella. Al parecer algunos contratos matrimoniales en Italia especifican a veces el derecho de la esposa a tener un chichisbeo, y Byron fue aceptado como chichisbeo de su último amor, Teresa Guiccioli.

Es cierto que hablar de su honor es una moda superada, el profesor Berger tenía razón al afirmarlo hace veinte años en los Estados Unidos. Hubiera podido decir lo mismo de Europa. La revolución sexual ha liberado a los hombres de su deber de proteger la pureza de sus parientes próximos; ya no hay más burlas para los cornudos, sobre todo en las clases superiores donde son quizás más numerosos. El honor financiero también sufrió un golpe. Los cuáqueros, fundadores de los bancos ingleses, se convirtieron a la religión anglicana: ellos no van más al infierno por un error de caja. La satisfacción honorable ya no es concebida como una restitución de su honor, sino como una pequeña confesión a la que se está obligado.

Pero, ¿el honor está verdaderamente obsoleto? El corte de manga se hace hoy en la calle con más facilidad que nunca para responder a un bocinazo impertinente, y el lunfardo conserva su vocabulario florido para lanzar el desafío. El insulto dirigido contra una mujer (más fácilmente hoy gracias al movimiento de liberación femenino) se refiere casi siempre a sus hábitos sexuales, los de los hombres aparecen mucho menos frecuentemente. El honor no ha sido expurgado del lenguaje, ni del sistema simbólico.

Si ha sido borrado de la conversación de los jóvenes, permanece en el vocabulario político, consagrado en los Estados Unidos por las últimas palabras de la Declaración de la Independencia, que compromete a todo ciudadano estadounidense a defender "nuestro honor sagrado". Y la palabra vuelve frecuentemente en los discursos políticos de los Jefes de Estado en los momentos solemnes. Así Neville Chamberlain, volviendo de su encuentro con Hitler en Munich, anunció "la paz en el honor". En el momento de la capitulación de Francia en 1940, Quai d'Orsay¹¹ había preparado una "suscita lista de concesiones que no podrían hacerse sin dañar el honor" (Marc Ferro, *Pétain*, p. 98) pero el general de Gaulle veía esta cuestión de otra manera:

¹¹ Ministerio de Relaciones Exteriores. (N. de la T.)

“Gobernantes fortuitos han capitulado, cediendo al pánico, olvidando el honor.” Nixon, anunciando en la televisión su decisión de retirar las tropas de Vietnam pronunció la palabra “honor” una docena de veces, y Christian Nucci, entrevistado en TF1¹² en abril de 1990 (no sin cierta agresividad) sobre la amnistía de la que se había beneficiado, podía hablar solamente de su honor. Creo que las declaraciones en este tema pertenecen a la clase de afirmaciones que son expresadas con mayor libertad cuando son más dudosas.

El honor es hoy una enfermedad cuyos síntomas sólo aparecen cuando ya no está.

Traducción: Sandra Gayol

¹² Canal privado con gran audiencia en la televisión francesa. (N. de la T.)